

Cucharita cafetera

Ma. Elena Olivera

El Colegio de México

De pronto acerca su rostro, una confidencia, sus ojos se entrecierran, sonrío, yo contengo con el aliento un arrebato. Su boca se entreabre, piensa un poco hasta que descubre el color de la palabra con la que quiere seguir tiñendo su voz, ¿qué dice?, no la escucho. Se aleja un poco. Qué bonita boca.

Sobre la mesa, el pulgar aterrorizado se esconde tras la taza de café, el índice le roza una mano como al descuido, el meñique queriendo ir a más.

¿Cómo es su cuerpo?, ¿qué se sentirá besar su ombligo, caminarle la piel a diez yemas? Me humedezco, me revuelvo en la silla. La cucharita cafetera, aprisionada entre dos dedos que se mueven lento anhelando su pezón derecho.

Se pone seria, me mira. ¿Ha escuchado lo que pienso?, se acerca mucho de nuevo. Se me atoró el pendiente en la ropa, ¿me ayudas? Qué ganas de lamerle la oreja izquierda. Lo sabe, seguro lo sabe, pero le gusta jugar, ponerme nerviosa para ver si doy un paso en falso para luego decirme que la malinterpreté, y salir triunfante del brazo de la chica que viene por ella algunas veces y quien al besarla le mete la lengua y le acaricia las nalgas, y ella se deja para que yo las mire bien. Seguro lo sabe.

Al despedirse, como sin querer me besa la comisura de los labios, yo me contengo de nuevo para no caer, debo ser paciente, nos veremos la próxima semana y entonces quizá sea ella quien no pueda aguantarse más.